

Domingo XIII Domingo del Tiempo Ordinario (30-06-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

En este camino del Señor con sus discípulos, nos encontramos ante una situación terrible de dos personas que sienten en sus vidas el paso de la muerte. Y, como dice el libro de la sabiduría *“Dios no creó la muerte”*, la muerte vino por la envidia del diablo y por los seres humanos que le hicimos caso”. Es decir, nos apresuramos a poseerlo todo y a no reconocer que la vida requiere ser vivida con paciencia, con ponderación, con orden y reflexión. Por eso está en el libro de la Sabiduría esta palabra, porque vivir con sabiduría es vivir lejos de la muerte. Y estoy muy contento porque estos días también, visitando el colegio San Norberto, los muchachos me hicieron una reflexión muy interesante de esta niña que vamos a comentar luego.

Lo más importante es que el Señor es el liberador de la muerte. Y lo que pasa es que la muerte, hermanos y hermanas, se vive en diversas formas y de a poquito. Se vive en las depresiones, se vive en los maltratos, se vive en los desprecios, se vive en las malas leyes, se vive en reírse del país. Vean en el canto del Salmo de hoy: *“No has dejado que mis enemigos se rían de mí”*, porque hay mucha gente que se ríe de la vida de los demás y juega con la vida, y eso es introducir la muerte en nuestra historia, pero el cristiano está para resucitar. Por eso elegimos este lema hace seis años: *“Lima, a ti te digo ¡levántate!”*, con las palabras que se dirigió Jesús a esa

llamada “niña”, y que vamos a ver, luego, que no es una niña solamente, es una muchacha.

¿Qué cosa tiene de importancia que el Señor siempre esté atento a desarrollar vida en nosotros? Que el Señor es la vida y, por tanto, Él comunica lo que es. Y a todos nosotros también nos ha dado la capacidad de vivir y de comunicar vida; y todos comunicamos vida cuando entregamos nuestra vida a los demás, cuando amamos. La vida surge del amor porque Dios mandó a su Hijo para dar su vida por nosotros. Este ejemplo de las hermanas del amor de Dios que a los 33 años murió, pero dando su vida por los demás, como ellas también la dan en todas las parroquias donde están. Y eso es lo mismo que vivimos tantas personas, nuestras madres, nuestras familias, los chicos de la Tablada que, por ejemplo, se organizaron hace muchos años cuando estuve yo ahí para levantar a la juventud. Hicimos una experiencia tanto que mi chofer, don César, es tabladeño, como ustedes, y fue mocoso también, como ustedes han sido y han venido ahora a visitar la Catedral.

Los jóvenes tienen una enorme capacidad de sentir la vida y comunicarla, y no podemos frustrarles la vida, tenemos que dejarlos ser y acompañarlos a ser cada vez mejores, mayores, con imaginación, con alegría. Y eso es lo que siente Jesús cuando una chica está mal por algún motivo que puede ser, evidentemente, una sombra de muerte, que no solamente tiene que ser la muerte física, sino también la depresión, el malestar, esta especie de desazón que tenemos para vivir y que, hoy día, se está prolongando en muchas personas después de la Pandemia y que, ahora, además, con este descontrol que tenemos a nivel mundial de las dirigencias del mundo que se pelean para poder

sacar su troncha para su lado y no ver el bien de todos, estamos generando muerte.

Quisiera también agradecer a los hermanos de Huamanga que han venido hoy día para recordar a Jesús Nazareno y para prolongar en Lima este camino que hacen y que también todos los años visitan en Huamanga al Señor, al Nazareno.

Hermanos y hermanas, en el Evangelio del Señor (Marcos 5,21-43), nos hace ver que esas dos situaciones que rondan la muerte son la de una mujer que un poco ha perdido toda la esperanza y que tiene flujo de sangre y no sabe cómo curarse. Ha ido a todos los médicos (eso lo dice Lucas) y ha vivido en desesperación (eso lo dice Marcos). Y hace una cosa muy muy sencilla que yo creo que es muy importante para nosotros que estamos generando o regenerando la Iglesia con el Papa Francisco. El Papa Francisco quiere que la Iglesia vaya siendo sinodal, vaya siendo un camino juntos, cercano a la gente. Y lo que hace la gente es, como tiene y siente cercano a Jesús, ella se atreve a tocarlo. Y Jesús se deja tocar, aunque voltea a preguntar. ¿Por qué voltea a preguntar? La gente cree que es para “chancarla”, pero es porque Él ha sentido una fuerza inagotable que sale de Él, una fuerza de amor.

Jesús es presentado en el Evangelio de Marcos como el Santo de Dios. Y el “Santo de Dios” significa aquel que irradia la fuerza renovadora de la santidad, la fuerza amorosa que cura y que sana y que ayuda a la gente, que la alienta. Y ella está buscando eso, aliento, porque está desesperada. Y hay una cosa interesante, entonces, en que Jesús se voltee porque Jesús está corriendo a ver a la chiquita que el papá, Jairo, está desesperado.

Nosotros podemos preguntarnos: ¿por qué se quedó con esa señora que está tantos años ya mal? Tal vez, hubiera podido esperar y se hubiera solucionado el problema con la chiquita, primero. Pero ahí hay una razón importante, ¿por qué no puede Jesús esperar? Porque es un momento importante para esa mujer que sale de sí, que muestra su problema, que le cuenta eso a través de tocarle al Señor algo, y es necesario que salga completamente y se libere completamente.

Por eso, el Señor dice: “¿Quién me ha tocado?”. Y ella se acerca humildemente y le cuenta todo lo que le ha pasado. Y Jesús le dice, entonces: “*Quedas curada de tu enfermedad*”. Esto es muy importante porque significa que Jesús quiere escuchar nuestro clamor y está disponible para que, cuando tenemos un problema grave, inclusive, de enfermedad, salga todo lo que está detrás, todos nuestros dolores y nos comuniquemos con Él.

Para eso está la Iglesia también. La Iglesia, decimos en el Credo, debe ser una, santa, católica y apostólica. Y, a veces, no somos muy santos porque no escuchamos, y el papa nos dice, permanentemente, que seamos una Iglesia que escuche, que se deje tocar y se deje interrogar por los cuestionamientos, las preguntas, las necesidades de la gente.

Y hay una segunda cosa que ocurre después de que esta mujer se restablece, porque no solamente se ha restablecido del flujo de sangre, se ha restablecido de su capacidad de ser persona, ha hablado de ella en público. Imagínense, las mujeres en esa época no hablaban así nomás, y el Señor le ha dado la oportunidad de ser ella, como debe ser el lugar de la mujer. El lugar de la mujer es

un lugar digno que no podemos acallar a las personas, pero vemos tantas cosas de muerte con la mujer en nuestro país y en el mundo. Los asesinatos de las mujeres siguen existiendo por el machismo, tenemos que superar eso, los varones, tenemos que irradiar en todos esa capacidad de tener sensibilidad por el dolor humano y, especialmente, por aquellas que sostienen el mundo con su trabajo, con su esfuerzo en el hogar. ¿Qué sería del mundo si las mujeres todas hicieran huelga en los hogares? Los varones tendríamos que ponernos a cocinar, a arreglar las cosas. Es una cosa fundamental reconocer la dignidad de la mujer, darle gracias, alentarla, no solamente en el día de la madre, sino siempre.

Y el segundo caso en que llega Jesús (al parecer, ya tarde), puede ser de muerte porque el texto nos está hablando de eso. Sin embargo, Jesús, al verla dice: “*No está muerta, está dormida*”. Y aquí vienen los chicos de San Norberto a ayudarnos. Los chicos han sentido que, cuando han leído el texto, hay algo aquí de engreimiento de que los papás la han engreído mucho.

Ustedes saben que, a los doce años (ella tenía esa edad), para los hebreos, ya no es una niña. A esa edad y en esa época, cada una recibía la sorpresa de que los papás habían acordado quién era su novio. Y, de repente, le vino una de esas depresiones terribles de que no le gustó el hombre que le pusieron porque, de repente, no era “chico”, sino alguien mayor. A María, por si acaso, le pusieron a José, que no era tan chico. Finalmente, María, con el Espíritu Santo se vio y, entonces, José tuvo que empezar a repensar lo que estaba queriendo hacer y se volvió padre adoptivo.

Por lo tanto, a esa edad, en Israel, se les emparejaba a los chicos y, entonces, tal vez la muchacha tuvo una depresión y se “echó a morir”. No interesa exactamente si murió o no murió (es posible que no, porque la familia se ve que es muy exagerada, daban gritos). Y, en cuanto Jesús le dice: *“Está dormida, no está muerta”*, la familia se empieza a burlar de Él, a reclamar y reprocharle. Eso pasa mucho en el engreimiento que, a veces, deseducamos a los niños cuando no los comprendemos y, en vez de eso, no solucionamos los problemas.

Entonces, Jesús la levanta con estas palabras que hay que precisar porque el texto ha sido mal traducido. El Señor no le dice: “Niñita, a ti te digo, ¡levántate!”; Él le dice: **“Muchacha**, a ti te digo, ¡levántate!”. Eso es diferente en el griego: “Niñita” o “niña” se dice “tugatrion”, mi chiquitita. Y Jesús le dice “corasión”, o sea, “muchacha, ya es hora, tienes doce años, ánimo”, y la levanta.

Y eso es muy importante porque lo que quiere el Señor es que todos maduremos y que, inclusive, siendo pequeños, sigamos nuestros procesos (evidentemente, tampoco se trata de madurar aceleradamente). El Señor ha venido a alentar nuestros procesos de vida y así darnos vida también. No solamente quiere nuestra resurrección después de la muerte, también quiere una resurrección de levantar a la persona, alentarla y que vaya creciendo. Y en el tiempo de Jesús, las chicas y los chicos, a los doce años, tenían que asumir algunas cosas. Los muchachos tenían, a los doce años, que empezar a construir una casa de madera y organizarse bien sobre cómo iban a ser luego padres; y las chicas tenían que aprender varias cosas para ir constituyéndose en mujeres.

Que esto nos recuerde, hermanos y hermanas, que la vida la podemos compartir con cada persona si es que la escuchamos y respondemos a aquello que necesite en el momento adecuado. Y, por eso, una de las cosas más difíciles que tenemos es cuando juzgamos en bloque y todo el mundo “soluciona” las cosas en forma mecánica. Y la Iglesia también tiene que pedir perdón, y pedimos perdón a todos ustedes, porque la formación que tenemos a veces en la catequesis y las cosas que les decimos, los formamos en base a reglas y a cosas muy precisas. ¿Dónde está Dios? En el cielo, en la tierra y en todo lugar. Pero ¿qué pasa en las situaciones difíciles? ¿Ahí no puede estar Dios? ¿En dónde más está Dios? Está en ti, está en nuestro corazón, está en nuestras relaciones, en nuestras amistades, ahí está Dios. Pero no lo enseñamos porque hemos enseñado una sola cosa con unas pocas palabras. Es insuficiente la enseñanza que estamos haciendo, tanto en la Iglesia como en la sociedad, cuando solamente son eslóganes los que enseñamos y no enseñamos la sabiduría de la vida.

Y en eso estamos con la reforma del Papa Francisco, que nos propone la sinodalidad para ir caminando todos juntos, ir conversando las cosas, ir arreglándolas con inteligencia. Y eso es lo que hace el Señor en los dos casos: suscitar la inteligencia de todos.

Y miren qué bonito, porque al final el Señor le dice que, a la muchacha, solamente le den de comer. Y ella se levantó y se puso a andar porque ya tenía doce años y tenía que hacerse responsable.

Que Dios los bendiga y nos bendiga a todos para aprender a escucharnos y a colaborar en hacer que siempre

podamos levantarnos de las situaciones difíciles. Y hoy día más que nunca, como la sombra de la muerte de tantas ambiciones están cercándonos, es el momento de levantarnos con inteligencia para responder a toda la situación social que vivimos y, especialmente, los jóvenes ya lo están haciendo cuando van a bailar a las plazas y van a venir a la Jornada Arquidiocesana de la Juventud del 10 y 11 de agosto.

Muchísimas gracias, y que todos estén bendecidos por el Señor para que tengamos vida y vida en abundancia.

Amén